

las opiniones de Virchov y de Haeckel, la historia continúa su curso, y el socialismo hizo su entrada en el mundo paralelamente al darwinismo que penetraba en la ciencia. Las dos revoluciones han concordado perfectamente, y muchos son los sabios que han explicado, pasados los hechos, que así había de suceder. De la incertidumbre de las profecías de los pedantes resulta que éstos, agrupados en casta interesada, no representan la ciencia, la cual se desarrolla sin su concurso oficial en las innumerables inteligencias de los hombres que investigan aisladamente, apasionados por la verdad. Por la renovación continua se hace el progreso del saber, y nadie puede crear, ni siquiera aprender si no procura incorporarse el conocimiento nuevo con toda rectitud y sinceridad. En el esfuerzo libre de cada individuo está todo el problema de la enseñanza.



## EDUCACIÓN

*La escuela verdaderamente emancipada de la antigua servidumbre no puede tener franco desarrollo sino en la Naturaleza.*

### CAPÍTULO XI

INFALIBILIDAD DE LA ENSEÑANZA. — EDUCACIÓN DE LOS PRIMITIVOS.  
 ESCUELA MODELO. — COEDUCACIÓN.  
 PRUEBAS, EXÁMENES Y DIPLOMAS. — ALTA EDUCACIÓN NORMAL.  
 EXPANSIÓN DE LA CIENCIA. — LENGUA COMÚN.  
 HIGIENE GENERAL. — CALIPEDIA. — EDUCACIÓN DE LA ESTÉTICA.  
 ESPONTANEIDAD DEL ARTE. — DESNUDEZ.  
 LA CIENCIA, EL ARTE Y LA NATURALEZA. — EL ARTE ES LA VIDA.

COMO la ciencia misma, y en una proporción más señalada, la enseñanza se resiente de los orígenes nacionales, es decir, de las condiciones geográficas é históricas en que cada pueblo se ha desarrollado. En teoría es muy diferente: todo ser humano que se da por misión enseñar á otro hombre, niño ó adulto, no debe tener más cuidado que ser intérprete escrupuloso de la verdad y de hacer que penetre en la inteligencia ajena lo que

ha comprendido y tiene necesidad de comunicar fraternalmente con la alegría de saber. En la práctica, eso es excepcional y los conocimientos pueden propagarse á la manera de un magnífico incendio; pero ordinariamente lo que se llama enseñanza toma muy diferente aspecto. Los instructores, simples gentes de oficio, no están necesariamente animados de aquel fuego sagrado que es el entusiasmo por la verdad, y lo que enseñan no es más que una lección dictada conforme á intereses de nacionalidad, de religión y de casta. Todas las supervivencias tienen su parte en la obra tan compleja y tan diversa de la enseñanza.

Ante todo, el vicio capital de las escuelas es el de todas las instituciones humanas, el carácter de infalibilidad que suelen atribuirse los profesores. A los ojos del vulgo parece que poseen el derecho natural en virtud de la autoridad que les dan los años y los estudios anteriores. Los niños, viendo la figura grave de su padre ó del que le reemplaza, están dispuestos á inscribir en su memoria la palabra solemne que va á salir de su boca: así suministran un terreno muy favorable á la fe cándida y espontánea que tanto agrada á los maestros; así se forma fácilmente una especie de religión cuyos pontífices se tienen por maestros de la verdad. A su infalibilidad personal se juntan otras que, según los diferentes países, los cultos y las clases, dan á la primera una consagración más alta. Las enseñanzas cambian, pues, al otro lado de cada frontera, hasta el punto de ser absolutamente opuestas las unas á las otras. Patrias, religiones, castas, tienen sus supuestas verdades que son el punto de partida de toda la educación, la clave de la bóveda de todo el sistema. Pero la evolución general que aproxima á los hombres borrando cada vez más los conflictos de razas, de ideas y de pasiones, tiende á igualar también los métodos de enseñanza, atenuando por grados su carácter despótico, dejando al niño una mayor iniciativa.

El arte de la educación, como todas las demás artes, es de invención prehumana. En todas las conquistas del ingenio, el hombre ha sido precedido por los animales, y ha seguido falsa vía siempre que se ha separado del ejemplo recibido. La educación, tal como se

comprende por nuestros «hermanos inferiores», ha conservado su carácter normal, eficaz, en tanto que entre los humanos ha degenerado frecuentemente en pura rutina y á veces ha obrado en sentido inverso de su objeto: no es raro que se convierta en verdadero embrutecimiento. Una avecilla enseña graciosamente á sus polluelos el arte de huir de su enemigo y de proporcionarse el sustento; después, gorjeando le recita lo que podríamos llamar los «aires nacionales», le enseña á sostenerse en el vacío aparente, le hace remontar su vuelo á distancias cada vez mayores de su cuna natural, y cuando ya nada puede enseñar á su progenitura y la igualdad es completa en fuerza, en destreza y en inteligencia, se retira, abdicando su función de educadora. Los animales en contacto con el hombre, como el zorro, el perro y el gato, dirigen sus crías ejercitándoles en saltos y en juegos de fuerza y agilidad en los momentos en que los tiernos animalillos tienen á su disposición un excedente de energía que derrochar <sup>1</sup>.

Pero esa excedencia de energía se emplea siempre de la manera más seria, aunque con todas las demostraciones de la alegría, porque los juegos tienen por objeto, consciente entre los padres, aunque inconsciente entre los hijos, acomodarlos á todas las obras y á la conducta de la vida que va á comenzar pronto con todo el séquito de trágicos peligros. Según la clasificación de Groos <sup>2</sup>, los juegos consisten en el examen de las cosas, la observación de los movimientos que diferencian las especies diversas, la caza á la presa viva, muerta ó imaginaria, la lucha, la construcción de las cabañas, la investigación de las actitudes y de las acciones de los adultos, que para la especie humana se refleja principalmente en los cuidados que se aplican á la muñeca como símbolo del hijo futuro: lecciones todas que son para los pequeños un ensayo de la vida.

Tal es la educación entre los primitivos. Los niños permanecen cerca de los padres, de quienes imitan el lenguaje, los ademanes y las acciones, haciéndose hombres sobre el modelo del padre, mujeres sobre el de la madre, pero siempre en plena naturaleza, en el mismo círculo de trabajo que habrán de ocupar cuando los

<sup>1</sup> Herbert Spencer.

<sup>2</sup> Karl Groos, *Die Spiele der Thiere*.

viejos ya no existan. Todo progreso depende de su propio genio, de su más estricto talento de adaptación al ambiente que han de utilizar para la conquista del bienestar. La escuela es para ellos lo que fué para los Helenos libres, la hora del recreo y del reposo para los padres, el descanso de la tarea diaria, y, por extensión, el período de las agradables conversaciones, de la amistad que reconforta, del paseo en que se hace exposición de las ideas. Pero en



Cl. de Zlatá Praha.

ESCUELA DE NIÑAS EN TÚNEZ

aquella época de la civilización las exigencias rompían ya la unidad primitiva de las familias y obligaban á colocar los hijos bajo la dirección de educadores especiales. Así nació la escuela. A lo menos el contraste que presentaba el tratamiento de los escolares en los diferentes países indica qué naciones se hallaban en un período de progreso y qué otras en una vía regresiva. Las esculturas y los cánticos representan á los niños griegos jugando, danzando, coronándose de flores, mirando gravemente á las mujeres y á los ancianos, en tanto que los documentos egipcios muestran con insistencia el palo que el maestro hacía resonar sobre las costillas del alumno. También usaba el vergajo el educador hebreo, y de él, por mediación de los libros «santos», nos viene el dicho tan funesto para tantas generaciones de niños: «Quien bien ama bien castiga».

Durante el período histórico actual, tan notable por la amplitud del teatro en que se debaten los problemas vitales de la humanidad, se emplean á la vez todos los métodos de educación. La mayor parte han admitido por punto de partida que el maestro reemplaza á los padres, especialmente al padre, que le delega todos los poderes como director, maestro y propietario de su hijo: la sociedad, representada según la lucha de los partidos, sea por la Igle-

sia, sea por el Estado laico, se considera también como propietaria del alumno y manda que se le enseñe según el uso á que se le destine en el curso de su vida ulterior. Al fin, apoyada sobre las reivindicaciones espontáneas de los mismos niños, comienza á vislumbrarse la idea de que son seres iguales en derechos á las personas mayores y que su educación ha de corresponder, no á la voluntad del padre, ni á las exigencias de la Iglesia ó del Estado, sino á las conveniencias de su desarrollo personal.

Débiles y pequeños, los niños son por eso mismo sagrados para los mayores que los aman y los protegen. Las escuelas, escasas aún, en que ese principio de la pedagogía se practica estrictamente, son lugares de alegre y fructífero estudio, merced á esa «reverencia extrema» á que el niño tiene derecho y le profesan sus maestros. Pensando en las escuelas en que fueron torturados la mayor parte de los hombres de nuestra generación, todos podemos repetir la palabra de San Agustín: «Antes la muerte que la vuelta á la escuela de nuestra infancia».

A cada fase de la sociedad corresponde una concepción particular de la educación, conforme á los intereses de la clase dominante. Las civilizaciones antiguas fueron monárquicas ó teocráticas y su supervivencia se prolongó en las escuelas, porque, en tanto que en la vida activa del exterior los hombres se desprenden de las opresiones antiguas, los niños, relativamente sacrificados, como las mujeres, en razón de su debilidad, han de sufrir por más tiempo la rutina de las prácticas antiguas. El tipo de nuestros manuales de educación existe hace ya miles de años, y se repiten aún casi en los mismos términos los preceptos «moralizadores» que en ellos se hallan. «¡Obedecer!» tal es en el fondo la única moral predi-



Cl. d. Zlatá Praha.

ESCUELA DE NIÑOS EN TÚNEZ

cada en un libro del príncipe Phtah-Hotep, redactado, quizá solamente reproducido, al fin de la quinta dinastía, es decir, hace más de cincuenta siglos, conservado en la Biblioteca Nacional de París. En obedecer para ser recompensado por una larga vida y por la benevolencia de los que mandan, consiste toda la sabiduría, de lo que el mismo príncipe autor se ofrece como ejemplo: «Así he llegado á la ancianidad en la Tierra; he recorrido ciento diez años de vida con el favor del rey y la aprobación de los ancianos, cumpliendo mi deber con el rey en el lazo de su gracia», que es exactamente la misma moral reproducida después en el mandamiento puesto por Moisés en la boca de Dios: «Honra á tu padre y á tu madre, para que tus días sean prolongados sobre la tierra que el Eterno tu Dios te da»<sup>1</sup>.

La duración tenaz de las preocupaciones, que induce á confundir las relaciones afectuosas de la familia con los supuestos deberes de severidad de una parte y de estricta obediencia de otra, perturba la claridad de juicio relativamente á la dirección de las escuelas. Si la libertad ha de ser completa para cada hombre en particular, parece que los padres son perfectamente libres de dar á sus hijos la educación tradicional de castración y sumisión, lo cual no es exacto, porque el padre no puede atentar contra la libertad del hijo. No reconocerlo así equivaldría á pedir para el verdugo la libertad profesional de cortar cabezas, para el militar la libertad de atravesar á bayonetazos Chinos ó huelguistas, para el magistrado la libertad de enviar caprichosamente hombres á presidio. La libertad del padre es de ese mismo género cuando dispone absolutamente de su prole para entregarla al Estado ó á la Iglesia: en ese caso, la mata, ó, lo que es peor, la envilece. En su amor ignorante es el enemigo más funesto de los suyos.

En sus relaciones sociales con sus semejantes, los hombres libres no pueden admitir en el padre un propietario legítimo de su hijo y de su hija, como desde Aristóteles á San Pablo y desde los Padres de la Iglesia á los Padres de la Constitución Americana, se consideraba al amo como poseedor natural del esclavo. Los confesores

<sup>1</sup> Exóde, cap. XX, vers. 12.

de la moral nueva han de reconocer el individuo libre hasta en el recién nacido, y le defienden en sus derechos contra todos y ante todo contra el padre. No hay duda que esta solidaridad colectiva del hombre de justicia con el niño oprimido es cosa muy delicada, pero no por eso deja de ser un deber social, porque no hay término medio: ó se es campeón del derecho ó cómplice del crimen. En esta materia, como en los demás asuntos morales, se plantea el problema de la resistencia ó de la no resistencia al mal, y si no se resiste, se entrega de antemano los humildes y los pobres á los opresores y á los ricos.

Algunos educadores comprenden ya que su objetivo consiste en ayudar al niño á desarrollarse conforme á la lógica de su naturaleza, en hacer que florezca en la joven inteligencia lo que ya posee en forma inconsciente y en secundar estrictamente el trabajo interior, sin precipitación, sin conclusiones prematuras. No ha de abrirse la flor á la fuerza ni cebar el animal ó la planta dándole antes de tiempo un alimento demasiado substancial. El niño ha de ser sostenido en su estudio por la pasión, y ni la gramática, ni la literatura, ni la historia universal, ni el arte pueden todavía interesarle; sólo puede comprender estas cosas bajo una forma concreta: la feliz elección de las formas y las palabras, las relaciones y las descripciones, los cuentos, las imágenes. Poco á poco lo visto y oído le suscitará el deseo de una comprensión de conjunto, de una clasificación lógica, y entonces será tiempo de hacerle estudiar su lengua, de mostrarle el encadenamiento de los hechos, de las obras literarias y artísticas; entonces se adueñará de las ciencias de una manera diferente á la de la memoria y su naturaleza misma solicitará la enseñanza comparada. Como los pueblos niños, la infancia ha de recorrer la carrera normal representada por la gimnasia, los oficios, la observación, los primeros experimentos. Las generalizaciones vienen después. De lo contrario, es de temer que se desflore la imaginación de los niños, que se gasten antes de tiempo sus facultades intelectuales, y que se les haga escépticos y estragados, que es el mayor de los males.

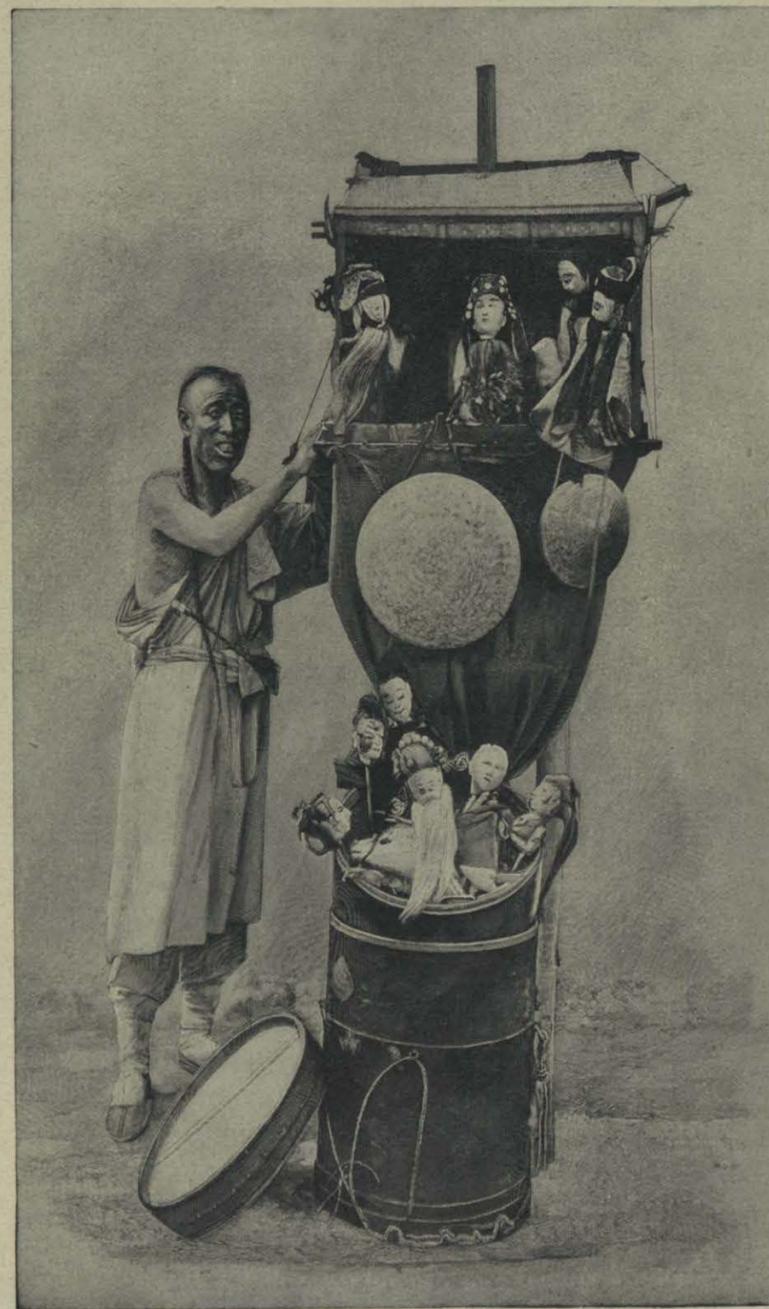
El amor y el respeto del maestro al niño deben prohibirle en su trabajo de tutela y de enseñanza el empleo del procedimiento sumario de los antiguos déspotas, la amenaza y el terror: no tiene

á su disposición más fuerza que la superioridad natural asegurada al educador por el ascendiente de su estatura y de su fuerza, su edad, su inteligencia y sus adquisiciones científicas, su dignidad moral y su conocimiento de la vida. Ya es mucho, siempre que el niño conserve el pleno dominio de sus facultades, y no se disminuya por el exceso de trabajo.

Admitido que la educación es una colaboración entre el alumno que se presenta con su carácter propio, sus hábitos y costumbres particulares, su vocación especial, y el profesor que quiere utilizar esos elementos para la obra de desarrollo intelectual y moral que emprende, éste debe conocer á fondo cada uno de sus discípulos, y, á la vez que practica la más equitativa imparcialidad, empleará diversos procedimientos con cada individuo. Su clase contendrá pocos individuos, no pudiendo éstos ser numerosos más que en los coros, los ejercicios gimnásticos, los paseos y los juegos.

Son, no obstante, indispensables algunos camaradas en los estudios serios, porque la iniciativa individual necesita ser solicitada por el espíritu de imitación. Lo que se llama la emulación es, por su lado bueno, la necesidad natural de imitar al compañero, de saber lo que sabe, de igualarle en todo. La mayoría de los alumnos aprenderían á costa de grandes esfuerzos si hubieran de estudiar solos, sin amigos que les animaran espontáneamente por la voz, el gesto, la mímica: la manifestación de la vida de otros suscita la vida en ellos mismos; aprenden por el ejemplo más que por los hechos con que enriquecen su memoria; se forman cierto método que les acostumbra al orden en el trabajo, y se ingenian en disciplinar sus esfuerzos, en prepararse para la práctica de la ayuda mutua que será la parte más útil de su existencia. Una buena educación, presupone, pues, un grupo de niños bastante considerable para que puedan entregarse á obras comunes, empresas alegre y vivamente acabadas.

¿De cuántas unidades se compondrá ese grupo? Algunos teóricos de la enseñanza han querido limitarle á ocho, número que les parece representar una armonía natural, un ritmo de distribución fácil que se reproduciría en el conjunto del trabajo (Barthélemy Menn); pero la vida, cambiante siempre en sus fenómenos, no se acomoda



EL TITIRITERO EN LA MANDCHURIA

Cl. P. Sellier.

á esos arreglos dictados de antemano: hay ciertamente ventaja en modificar las condiciones de la escuela según los individuos y los medios. Lo importante es que los condiscípulos no formen una agrupación desordenada donde el individuo no fijara la solícita atención del maestro, sino que constituyan, por las alegrías del trabajo y de la diversión, una verdadera familia. El educador ha de ser á la vez el padre y el hermano, poniendo su propio cerebro en comunicación con los cerebros de los niños, apreciando claramente el estado de sus nociones conscientes é inconscientes, solicitando de aquellas cabecitas un trabajo del pensamiento correspondiente al suyo propio y conduciéndolas así á la comprensión de la verdad y á la dicha de la acción.

Comparada esta educación de la gran familia, en que los niños, frecuentemente entregados á sí mismos, toman, por sus relaciones entre sí, como un gusto anticipado de la vida exterior con sus conflictos y sus amores, con la del niño aislado, objeto exclusivo de las atenciones del padre y de la madre, resulta éste un ser realmente desheredado, le falta la colaboración de los compañeros, sus iguales, alternativamente amigos y rivales. Los padres, por su mismo afecto, no fueron para él más que profesores de egoísmo: á los veinte años, cuando el joven entre en la vida, esperará que el universo entero venga á rodear su preciosa persona.

En los primeros años es cuando conviene principalmente no aventurarse en falsas vías. Los profesores, escogidos por las escuelas primarias á fin de «instituir» hombres y mujeres, deberían ser los mejores, á la vez los más rectos y los más amables, para que los niños prosperen á su lado en salud física y moral. Con ellos nada de trabajo excesivo, es decir, de desprecio del cuerpo, herencia del antiguo cristianismo, que, en nombre de un alma superior, ejercita á los individuos en el trabajo forzado, sin ningún cuidado de las necesidades de la vida material; pero nada tampoco de perder el tiempo en paralizaciones y desviaciones, nada de vacilaciones en la marcha regular de la enseñanza y de la conducta. Rechácense las lecciones de pura forma, una simple repetición de los libros, como, por ejemplo, el recitado del catecismo y otras palabras que no cuestan ningún esfuerzo, hasta el punto de no causar

la menor elevación de la temperatura frontal<sup>1</sup>. Fortuna que sea así para el estudio de la religión, porque, tomado en serio, espantaría la idea de un Dios vengador. Como dice elocuentemente Tolstói<sup>2</sup>, el mayor crimen que puede cometerse con el niño, es aquel de que casi todos los padres y maestros se hacen culpables, consistente en comenzar la escuela por la representación aterradora de un ser, principio de las cosas, esencialmente caprichoso, infinito y feroz; personaje que, después de haber creado al hombre susceptible de cometer el pecado original, castiga ese pecado con un sufrimiento eterno. Si el niño imagina vagamente que los hombres han de ayudarse con reciprocidad en el camino de la dicha y rechaza la bárbara enseñanza que se le da, sus ideas no dejan de quedar perturbadas, vacilantes, y la doble vía moral que se le hace, le acostumbra á la hipocresía del lenguaje.

A semejanza de aquellos que, por miedo á las revoluciones, ponderan los efectos de la paciencia y lo « ilimitado del tiempo », podría esperarse todo de la escuela por el ejercicio futuro de la libertad; pero sería olvidar que la educación tiene á veces un carácter regresivo, y que la mayoría de las escuelas son, tanto por el programa que se les ha dictado, como por el espíritu y las tendencias de los hombres que las dirigen, centros rutinarios ó hasta reaccionarios, en los que, por repeticiones imbéciles ó hasta por una enseñanza perversa, se organiza de antemano un ejército, ó al menos una multitud hostil al progreso. Hay escuelas que realizan el ideal de contrarrevolución de que están animados sus fundadores; los niños aprenden en ellas á hacer signos de cruz y genuflexiones, á murmurar oraciones que no comprenden y á practicar costumbres de esclavos. Dedicados al trabajo en cuanto hacen su primera comunión, ya no saben leer y apenas pueden escribir su nombre cuando llegan á su mayor edad, siendo toda su vida carne de Iglesia.

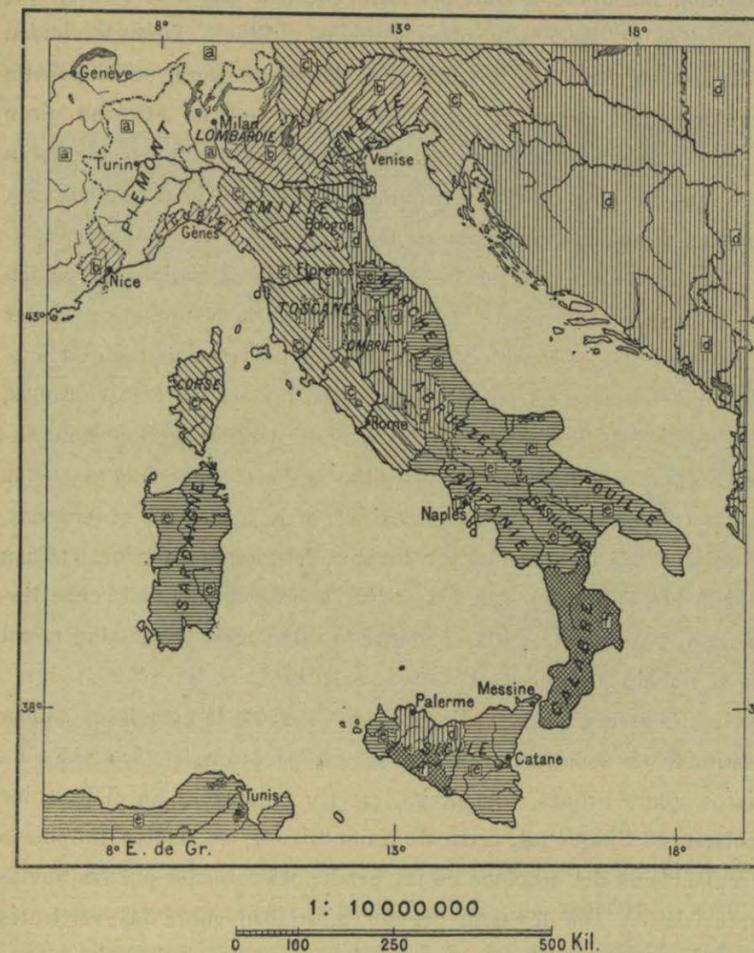
Sin embargo, la evolución gradual de las ideas, que, alejándose del antiguo régimen, dejan aún subsistentes preocupaciones tenaces y formas y hábitos mentales defectuosos, ha dado origen á una educación bastarda, de efectos entremezclados y contradictorios.

<sup>1</sup> Samsonov, *Jizn*, Diciembre 1899.

<sup>2</sup> De *l'Education Religieuse*, « Revue Blanche », 15 Septiembre 1900, ps. 102 y siguientes.

En su pobre enseñanza, el cura cristiano tenía la ventaja de una cierta lógica concordante con las místicas creencias y las necias

N.º 586. Instrucción en la península itálica.



Este mapa-diagrama representa, según la gradación siguiente de los rayados, el tanto por ciento de los cónyuges (ambos sexos reunidos) que no han podido firmar con su nombre el contrato de matrimonio:

a de 0 á 15 %	c de 30 á 45 %	e de 60 á 75 %
b de 15 á 30 %	d de 45 á 60 %	f de más de 75 %

En Córcega, las cifras para 1901 eran de 34 % y de 23 % en los Alpes Marítimos. En los territorios de Austria-Hungría y de la península balcánica, Túnez y Argelia no hay estadística que suministre datos.

adoraciones; pero el maestro no tiene ya la fe, y, forzado, según la expresión adoptada, á « echar á Dios de la escuela », continúa